

EL DOCTOR CARLOS DIEZ DEL CIERVO

Si la gloria está en ser bueno y útil, el Doctor Carlos Diez del Ciervo, ilustre médico venezolano fallecido recientemente, conquistó ampliamente para su vida y para su obra estas dos sublimes virtudes que capitalizó para que le sirvieran de tributo a su memoria. Falconiano de pura cepa y como ninguno patriota que supo darse todo entero para bien de la República, el eminente profesional que nos ocupa trabajó incansablemente por dar lustre a la nacionalidad. Ninguno como él en los cincuenta años largos de su vida profesional, supo responsabilizarse frente a las necesidades ambientes de la ciencia médica venezolana. Fue, como lo asienta un periódico venezolano, uno de los pioneros de la Sanidad en Venezuela, pues desde 1913 y mucho antes laboró incansablemente por establecer este positivo beneficio de bien público y social. En muchos de los cargos donde le tocó actuar puso empeño y talento en la gran obra de reivindicación que se iniciaba entonces, y así lo vimos siempre estudioso y concretado y dispuesto a adquirir nuevas enseñanzas para aplicación de su deber.

Hombre de profundos conocimientos, de vasta cultura científica y preocupado por los grandes problemas sanitarios del país, Diez del Ciervo, desde las postrimerias del pasado siglo, enriqueció la bibliografía científica de su época. En lo que se relaciona particularmente con los problemas de la alimentación y nutrición tropicales, deja importantes trabajos, tales como: "Contribución al estudio de la alimentación tropical, valor nutritivo del pan de Caracas", editado en 1904; "Charlas sobre alimentación", publicado en 1937; "Encuesta del Servicio Social del Dispensario Antituberculoso de Caracas, 1939"; "Divulgación sobre los productos utilizados en la dietética infantil", 1939; y numerosos trabajos de alto relieve y resonancia más allá de las fronteras patrias.

Durante sus setenta y tres años de vida supo confundirse con la obra que le tocó realizar, y así, entre el deber y la fidelidad, fue una de esas personalidades de clásica estirpe venezolana, por patriota, por humano y por útil.

Este hombre con sentido de humanidad, reformador de nuestra sanidad y especialmente de la organización total del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, cuya dinámica pertenece a la época de cuando los profesionales de la medicina dedicados a estas arduas y difíciles labores devengábamos en los cargos sueldos de piedad y las cantidades del Presupuesto eran pobres y ridículas ante la ma'esticidad de los problemas y de lo que había por delante por hacer, supo resistir y hacer frente, con estoicismo espartano, a toda negación dentro del medio. Nunca fue un pesimista, siempre lo vimos en su línea recta de trabajo, de amor, de comprensión y superación. Sus conocimientos sobre Sanidad, particularmente de leyes y reglamentos, sus oportunos consejos, su diaria labor constante e incansable, lo acreditan tal como fue él.

Los jóvenes médicos sanitarios del 36 para acá supimos de cómo este médico higienista supo seguir la vanguardia de los conocimientos y ser clasificado con justicia e imparcialidad entre los mejores servidores del Despacho. Dato elocuente para decir lo que era Diez del Ciervo: con la renovación de la Sanidad en el año 1936 vino por fuerza la tesis de preparación de personal, y él, desde su sitio de Director, fue el primero en inscribirse en los cursos de médicos higienistas venezolanos, rindió exámenes, y, siempre optimista, observaba cómo era necesario modificarse ante el ambiente y ante los tiempos. Bien está la frase de que fue uno los grandes pioneros de nuestra obra sanitaria. Dirigió con eficiencia el Boletín de Sanidad por años, publicó conferencias, folletos y era buen periodista, pues él defendió al Ministerio en comunicados, artículos, etc., innumerables veces. Todos teníamos por él admiración, respeto y cariño, quizás después de tantos años de lucha, éste era el único capital que le quedaba. Si creo que no fuimos prodigos y justicieros con este gran servidor nacional, quien sólo fue jubilado tardíamente, pero hay realidades que sólo son entendidas por los hombres cuando amamos una profesión, y es que más prefiere un hombre en su edad avanzada vivir dentro de su acostumbrada actividad, como consejero, asesor, adjunto, para esperar allí el golpe definitivo de la vida: la muerte.

Sin embargo, Diez del Ciervo contó siempre con sus amigos de Sanidad, que cada vez que le encontraban le recordaban la obra pujante suya y sus esfuerzos cumplidos.

Paz a su tumba; la eternidad, nunca injusta, sabrá colocarlo en el sitio que merece.

A. González Puccini

EL DOCTOR RAFAEL CABRERA MALO

En plena juventud ha dejado de existir el que fué durante varios años compañero de trabajo y verdadero valor en el campo de la nutrición.

Fué tan corta, pero tan extensa y fecunda, su labor, que apenas pudo hacernos saborear el estupendo caudal de conocimientos que poseía.

El Dr. Cabrera Malo fué fundamentalmente un hombre modesto, ingenuo, sutil y delicadamente sensible. Su adusta figura encerraba un alma verdaderamente infantil, y apenas logrado el contacto con su espíritu exquisito podía apreciarse el enorme y dilatado campo de su sensibilidad.

Compañero leal fué hasta la muerte. Jamás dejó vislumbrar en aquellos ojos profundos otra cosa que no fuera lealtad. Le vimos trémulo de emoción, angustiado, acongojado, pero nunca vislumbramos en él ni siquiera un débil desplante de ira, de odio o de envidia.

El Dr. Rafael Cabrera Malo infundía respeto a todos cuantos le rodeábamos, pero era un respeto pleno de afabilidad, sin temores ni durezas. Supo ayudar a los débiles y supo levantar a los vejados.

De estudiante fué ejemplar su conducta, y más tarde, ya graduado, cuando se encontró en ambientes difíciles, alejado de su casa, dejó el pabellón científico venezolano en alturas a donde es muy difícil llegar. En los Estados Unidos, en Bélgica, en Francia, a donde fuera a ampliar estudios de nutrición, dejó la estela que sólo consiguen los privilegiados.

A su regreso a Venezuela realizó una meritoria y entusiasta labor en la organización de la Sección de Nutrición en el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, y poco más tarde, como Jefe de la División de Bromatología y Farmacia, en el mismo Ministerio.

La ciencia médica no tuvo secretos para él. Su dominio en el campo de la Nutrición, en todas su ramas, le valió destacarse en numerosas Conferencias internacionales, a las que asistió en calidad de Delegado por Venezuela.

La Medicina, y por ello mismo la Nutrición, era únicamente una parte de su vasta cultura. Le vimos discutir con ardor y pasión con científicos distinguidos en el campo de la química, filosofía, religión, matemáticas y lingüística. Nada le era extraño. Y todo lo dominaba con sencillez, aparentando casi no saberlo.

La muerte nos arrebató al Dr. Cabrera Malo cuando más nos hacía falta. No son frecuentes los casos en que la bondad, modestia y sencillez están unidas a una capacidad y conocimientos extraordinarios.

Fué, en una palabra, un superdotado. Sin hipérbole de homenaje. Fué un superdotado en la asimilación sorprendente de conocimientos, y fué un superdotado en aquella su manera de expresarse, cautivadora y llena de luz.

Pasará a la historia el Dr. Cabrera Malo como una estrella fulgurante en el campo científico venezolano, pero en el cielo quedará para siempre el rastro luminoso que dejó a su paso, demasiado fugaz, demasiado rápido, pero también demasiado hondo.

Que la vida de los hombres no se mide por las hojas que florecen en la superficie, sino por los inmensos y profundos surcos que dejan las raíces.

José María Bengoa